

...de la historia de la humanidad. ...de la historia de la humanidad.

peninsulares y el establecimiento de un dominio político temporal sobre una gran parte del continente europeo. Pues bien, vamos a centrar nuestra exposición en esta segunda realización que colocó a España a la cabeza de los demás estados europeos. Esta época, en lo que respecta a sus límites temporales, se inició en 1519, cuando Carlos, nieto y heredero de Fernando e Isabel, se convirtió en sacro romano emperador y terminó, a todos los efectos, en 1643, con la derrota del ejército español en Rocroi, en el noreste francés. Los 125 años que separan estos dos hechos comprenden una época que, para muchos observadores, debe considerarse como un tiempo de transición.

instituciones antiguas eran abolidas y se creaban otras nuevas. Todo estaba en movimiento, nada parecía permanente. En opinión de un ilustre pedagogo de aquella época era preciso en tiempos de abundancia pensar en el hambre, en tiempos de paz pensar en conflictos, en tiempos de común disfrute con amigos pensar en despedirse de ellos y retirarse a la soledad que puede dominarnos y lo hace con frecuencia. Pese a todo fue una época dotada de su propio carácter. Europa a principios del siglo XVI mostraba la estructura de un continente cuyos confines eran claros y precisos a excepción de la zona este. Sobre el horizonte oriental se vislumbraban dos vastos países.

Moscovia y Turquía, ambos extraños y hasta misteriosos para todos los europeos. El frente occidental mostraba cinco regiones cuyos idiomas dominantes eran respectivamente español, francés, inglés, alemán e italiano, pero que se veían enriquecidas por dialectos, instituciones, costumbres y folclore que marcaban las peculiaridades nacionales. Con Carlos I se inicia la preponderancia española en Europa. Sobre sus hombros cayó en poco tiempo una herencia cuya extensión era tres veces más grande que el imperio romano en la época de Trajano. Además de las tierras descubiertas y conquistadas en el nuevo continente, Carlos heredó los Países Bajos, Nápoles y Sicilia, el Ducado de Austria, el Imperio Alemán y la Península Ibérica poco después de la unificación de sus reinos, a excepción de Portugal. Pronto quedaron establecidos los dos pilares de la política del emperador. El imperio venía

a España, que se convertía en la base, la defensa y la fuerza de todos los demás reinos. Y en segundo lugar, Carlos aceptaba la dignidad imperial tan sólo porque anhelaba llevar a término la derrota de los enemigos de la santa fe católica, a cuya causa deseaba consagrar todas sus energías. Estas dos coordenadas se mantendrán en la política española durante más de cien años. En Carlos I, el entusiasmo religioso tenía como eje la defensa de la fe y la civilización de Europa contra el creciente peligro musulmán. Por el contrario, Felipe II poseía un entusiasmo eminentemente católico y antiprottestante. El heredar tantos países significó el incremento de las envidias y miedo de los demás. Así, la nueva candidatura de Carlos al trono imperial lanzó al rey de Francia, Francisco I, a un rápido rearme que le permitiría estar en permanente conflicto con España. El triunfo empabía, además de no terminar con la hostilidad francesa,

supuso para Carlos la pérdida del apoyo amistoso de Inglaterra y sobre todo del papado. La hostilidad llegó hasta el punto que en 1527 las tropas imperiales saquearon la ciudad eterna. Por otra parte el monarca español tuvo que hacer frente a dos conflictos de carácter religioso. Uno interno, el impacto político y social del luteranismo y el segundo la amenaza

del poder turco que apenas un siglo antes había subyugado al imperio bizantino con su capital Constantinopla. Ambos problemas aparentemente distintos estarán íntimamente ligados. Así Lutero declarará que luchar contra los turcos es luchar contra Dios quien por medio de los turcos nos castiga por nuestras iniquidades. ¡Aprovo!

No podrá Carlos V resolver ninguno de los dos problemas que con toda su carga de conflictividad heredará su único hijo legítimo, Felipe, heredero del imperio. Nacido en 1527 en Valladolid y educado por su madre, Isabel de Portugal, Felipe era antes que nada español y devoto admirador de su padre. A sí mismo era un hombre de profundos sentimientos religiosos que penetraban todas sus actividades y le acompañaron en todos los pasos importantes de su vida. Nunca tomó una decisión política de trascendencias y consultar cuidadosamente a su conciencia. Sin embargo, su catolicismo difería en gran medida de las tendencias imperantes en la iglesia contemporánea. Su concepto de las relaciones entre la iglesia y el Estado era el de un soberano de la Baja Edad Media que consideraba un deber moral suyo el cuidar de la iglesia. Pero no reconocía a ninguna autoridad que pudiese interpretar ese deber moral.

en materias de fe. Pero en cuanto a la moral social no podían tenerse en cuenta más que los antiguos y tradicionales derechos y privilegios que no consentían ninguna innovación ni aún por parte del pontífice romano. Esta actitud se puso en evidencia durante el largo camino que supuso el concilio de Trento y que marca el principio de la separación del mundo de la iglesia viviente y el del estado absolutista. La sociedad medieval con su concepto predominantemente cristiano de los deberes sociales estaba desapareciendo y era reemplazada por una sociedad individualista que ya no tenía por alma a la iglesia. Felipe II no se resistía a este cambio y estimulado por su profundo sentido de la tradición tomó las armas para tratar de salvar por medio de la fuerza la unidad espiritual de Europa. Cuando Carlos I partió para Ayuste Felipe quedó encargado de los ideales y alianzas de su padre. A él correspondía llevar a buen término la idea de un bloque de la iglesia.

europeo occidental para lo cual tenía que encontrar el modo de entenderse con su tío Fernando y su primo Maximiliano. Y lo que era más importante, le quedaba la trascendente tarea de la defensa contra los turcos. Los dos primeros años de su gobierno estuvieron ocupados por una guerra contra el papa, Paulo IV, y contra Enrique III de Francia, ambos aliados contra los Habsburgo. Mientras parte del ejército español, al mando del duque de Alba, ocupaba Roma de nuevo, otra facción derrotaba a los franceses en San Quintín. Sin embargo, la paz no fue reestablecida hasta dos años más tarde por el tratado de Cato Cambresi, que representó un hito decisivo en la historia del imperialismo español, pues supuso el fin temporal de una Francia fuerte y ambiciosa que ya no podría hacer la competencia a España en tierras italianas. Pero este triunfo se dejó sentir desfavorablemente en la consecución del principal objetivo de la política de la guerra, que era la política exterior española del momento, la defensa contra los turcos.

turcos. La ruptura con Roma había derrumbado la columna principal de la defensa común en la zona del Mediterráneo. No obstante, la presión otomana era tal, por tierra y por mar, que el papa Pío V propuso la creación de una liga o coalición. La escuadra de la liga, integrada por barcos españoles, genoveses, papales y venecianos, bajo el mando supremo de Juan de Austria, aniquiló a la flota turca cerca de Lepanto el 7 de octubre de 1571. Esta victoria naval no supuso la destrucción del imperio otomano, cuyo poderío terrestre había

quedado prácticamente intacto, aunque momentáneamente paralizado. Sin embargo, Felipe II se vio obligado, pocos años después, a volver por completo la espalda a los turcos para dedicarse a los problemas que le llegaban de los Países Bajos e Inglaterra, y que, pese a sus esfuerzos, entre los que se encuentra el desastre de la Gran Armada, no se resolvieron según sus deseos. Y así, pocos meses después de conceder la soberanía a la

a los Países Bajos, Felipe moría en una sobria habitación del sobrio Palacio del Escorial. Esto ocurría dos años antes de que finalizase el siglo XVI y se iniciase el ocaso del esplendor de España. Con su sucesor, Felipe III, se aprecian los primeros indicios de la decadencia del poderío español. Poco interesado en los asuntos del Estado, abandona estos temas en manos de sus primeros ministros o válidos, que se convierten así en los verdaderos jefes del imperio español. Cabe recordar al duque de Lerma y a su hijo y sucesor, el duque de Uceda. Durante el mandato de Felipe III se mantiene, en lo que a política exterior se refiere, la idea de un bloque occidental tal como fue formulada por Carlos I, pero sin la agresividad que éste había mostrado. El mandato de Felipe III se mantiene en la ley de la justicia, y en la ley de la justicia se refiere a la ley de la justicia.

Se ratifica la paz concertada con Francia poco antes de la muerte de Felipe II. Se reanuda la política de amistad con Inglaterra tras la desaparición de la reina Isabel y después de dos frustrados ataques navales. Al mismo tiempo, la guerra de los Países Bajos concluye con una tregua de 12 años firmada en Amberes en 1609. Esta política pacifista tuvo un epílogo. La guerra de los 30 años, que supondrá el descenso final de España de su pedestal de gran potencia. En opinión del historiador Boban Kudova, este conflicto armado puede considerarse como una frontera entre dos épocas. El entusiasmo de los años precedentes fue asesinado en los campos de batalla por el escepticismo inicial de una nueva era. En realidad hubo dos guerras. La guerra ideológica, en la que estaba en juego la existencia misma del sacro romano. La guerra entre el romano imperio y su carácter católico. Y la guerra por la preponderancia militar y política en Europa.

en la que España fue desafiada y vencida por Francia. Los dos conflictos comenzaron juntos y terminaron por separado. En su división pereció la idea tradicional que había dado forma a la edad del poderío español. Fue en medio de este ambiente de desengaño, de desilusión nacional, en el que Cervantes escribió su Don Quijote, donde podemos hallar, entre sus muchas parábolas, la de una nación que se había lanzado a su cruzada para acabar comprendiendo que luchaba contra molinos de viento. Precisamente, el epitafio que dedicó Sansón Carrasco a Don Quijote, puede servir de colofón a esta etapa de la historia de España. Yace aquí el Hidalgo fuerte, que a tanto extremo llegó de valiente, que se advierte que la muerte no te va a dar.

triunfó de su vida con su muerte. Tuvo a todo el mundo en poco, fue el espantajo y el coco del mundo en tal coyuntura que acreditó su ventura morir cuerdo y vivir loco. ¡Gracias por ver el video!